
LA CUESTION DE ITALIA.

I.

Aún resuena el eco de la guerra de Italia, mezclado al quejido continuo de esa gran nacion, cuyos dolores traen conturbada á Europa, como en otro tiempo la conturbaron sus glorias y sus triunfos. Y despues de tantos sacrificios no se vislumbra el instante feliz en que las cosas de Italia vengan á término de paz. Desgarrado su seno por la ambicion de varios principes, más ganosos de su propio medro que del engrandecimiento de su pátria; abandonada del aliado, en quien habia puesto el tesoro de sus esperanzas; conmovida por el antiguo imperio y la teocracia, unidos en el pensamiento de una comun domina-

cion; entregada á todos los azares de incierta fortuna; suspensa ante la voluntad de diplomáticos impotentes para todo bien; electrizada por una revolucion, que bien al revés de lo que suelen las revoluciones, quiere tomar vida de los mismos que la han apagado con su soplo, más frio que el último aliento de un moribundo; Italia, la infeliz Italia, debe apercibirse á una guerra, en que sólo cuente con su propio esfuerzo, su derecho y el sacrificio y martirio de sus hijos, ó bajar el cuello y entregarle resignada á la coyunda que le están forjando sus eternos enemigos. La guerra de Italia es una guerra en que están de una parte los derechos antiguos, la tradicion, los recuerdos y reminiscencias feudales, las ideas de los príncipes que creen patrimonio suyo los reinos, y de otra parte el progreso, la libertad, el derecho que los pueblos tienen á regirse á sí mismos; y por consiguiente, es una nueva página de la historia de luchas que se abrió en 1789, y aún no se ha cerrado, porque aún estamos en largo y angustioso período de incierta transicion. Mas aquí, en esta ocasion suprema, ha habido un grave error. El principio de libertad ha tenido por representante un César, nacido del seno de

las revoluciones; el principio de autoridad un emperador, ungido con el óleo del derecho divino; el principio de libertad ha tenido por soldados aquellos antiguos ejércitos franceses que llevaron en las puntas de sus bayonetas la luz de la revolucion al mundo, y el principio de autoridad, aquellos antiguos ejércitos que en todos tiempos sostuvieron con sus caballerescas espadas las coronas de los reyes y la majestad de los imperios; el principio de libertad ha querido dar vida á un pueblo, y el principio de autoridad encerrarlo en el sepulcro de sus mayores; pero los representantes de uno y otro principio no han tenido fuerza bastante para luchar hasta el fin; y al encontrarse frente á frente en Solferino, han retrocedido, dejando el uno libre á Milan, y el otro esclava á Venecia, y faltando ambos al mote de sus banderas y á la fé de sus juramentos. Desde este dia fatal, la política de ambos imperios no puede ser más mezquina ni más egoista. El imperio de Austria se arrastra en el polvo para ver si puede ganar algun reducto más, desde el cual lanzarse algun dia sobre su antigua presa, la Italia. Y el imperio de Francia, receloso, incierto, temiendo á su propia obra, sigue la polí-

tica de Maquiavelo, la astucia de los Médicis, los negros y tortuosos caminos de los Borgia, y no mata á Italia frente á frente, sino que le dá el veneno lento, pero seguro, de su maléfica influencia. ¡Oh! El único consuelo que nos resta, es pensar en la gran verdad de que nunca quedan impunes las grandes iniquidades, ya se cometan contra los individuos, ya contra los pueblos.

II.

Italia realizó en la historia antigua la unidad del mundo, y no ha realizado en la historia moderna su propia unidad. La empresa de unir el mundo, que fué un delirio en Ciro, un arranque de artística fantasía en Alejandro, llegó á madurarse y cumplirse por la reflexion y el lento trabajo de Italia. Su sangre corrió á torrentes; las orillas de todos los rios, los límites de todos los pueblos, blanqueaban con los huesos de sus hijos; mas la unidad del mundo se cumplió, y la

humanidad tuvo una sola cabeza al recibir el bautismo regenerador de la idea cristiana. Pero un dia se levantaron contra su poder los mal domados bárbaros, y arrancándola del trono de la tierra, la arrojaron á los piés de sus salvajes caballos. Desde aquella grande y súbita caída, Italia está destrozada, y no se ha levantado aún del polvo donde una larga tiranía descoyunta sus huesos. Los papas, que debian ser su escudo y ceñirle la corona de una luz espiritual, más espléndida que la antigua corona de sus Césares, han olvidado muchas veces la idea divina, de que eran depositarios, para lanzarse en pos de las ambiciones humanas y del dominio de las cosas temporales, que debian empañar el brillo de su tiara y arrojarla entre las tempestades y sacudimientos del mundo. Los emperadores de Alemania no han querido nunca ni la unidad, ni la salvacion de Italia, sino su perpétua é incurable servidumbre, á pesar de las invocaciones de tantos espíritus elevados, y de la muerte de tantos generosos mártires. Las ciudades italianas han vivido en perpétua contienda, y ha sido imposible unir las en un pensamiento de comun libertad y derecho. Los municipios mismos, llevados de la falsa idea

de que el poder se allegaba con la posesion de muy dilatados territorios, han ejercido sobre los pueblos menores el despotismo feudal. Sus hijos más ilustres han luchado entre sí, y nunca han dado trégua á sus rivalidades, para levantar en sus brazos la unidad italiana. Los partidos en que se ha dividido por desgracia Italia, han buscado la vida donde estaba su muerte, en los príncipes extraños, que no debian sentir por Italia aquel amor desinteresado y sublime, hijo del verdadero patriotismo. De aquí la desgracia de Italia. Esa gran nacion, madre del derecho; esa gran nacion, que ha conservado la luz de la ciencia, que ha trasmitido la antigua inspiracion á los pueblos, que ha dado su cincel á los escultores, su compás á los astrónomos, su arpa á los músicos, su ritmo á los poetas, su pincel á los pintores, su ideal á todos los artistas; más grande y más hermosa, cuanto más desgraciada y más esclava; eterno númen del mundo moderno, que la ha consultado como su oráculo, yace sin vida, á manera de las víctimas coronadas de flores que los antiguos ofrecian en las aras de sus sacrificios.

III.

¿Y la culpa es de Italia? No, mil veces no. Italia ha sido en la esfera intelectual una academia donde han luchado siempre dos ideas; en la esfera material, un campo de batalla donde han luchado siempre dos poderes; pero ni en esa academia se ha oido su voz, ni en ese campo de batalla se ha peleado por su victoria. El pontificado ha combatido desde Italia por su tutela temporal sobre todos los poderes de la tierra. En este combate pudo parecer un tiempo que la lucha seria corta, y la victoria del poder de los papas sobre el poder de los emperadores, incontestable. ¿Quién no lo habia de creer así, cuando veia á Carlo-Magno á los piés de Leon III, y á Othon á los piés de Juan XII? Pero la ambicion de los papas por el poder temporal, creció de punto, y un dia amenazó á todos los reyes de la tierra con sus rayos, que podian fundir todas las coronas. Nicolás I pretendia ser el juez supre-

mo entre los reyes, y este era un ensayo de predominio pontifical. Gregorio VII, aquel pontífice tan guerrero como argumentador, cuya vasta mente abrazaba todos los horizontes de su tiempo; celoso de su autoridad divina, ante la cual palidecían todas las autoridades terrestres; sintiendo la supremacía de su inteligencia y la fuerza de su brazo; ansiando levantar el mundo sobre una idea más alta que la mezquina idea patrimonial en que fundaban su poder los reyes y los señores feudales; creyéndose destinado á educar por elección divina la humanidad, que cada día iba hundiéndose más en la servidumbre y en la ignorancia, subió á lo alto del capitolio cristiano, y cuando el mundo no escuchaba más voz que la voz de los pontífices, proclamó que su poder, como venido directamente del cielo, era en la tierra el que daba luz, vida, fuerza á todos los poderes, y exigía, en nombre de este principio, la tutela de los soberanos elevados, según sus palabras, sobre sus iguales por caprichos de la suerte, que debían ceder ante la legítima, incontrastable y sagrada autoridad de la iglesia. La vida de Gregorio VII, como su idea, fué una continua lucha. Pero esta lucha cesó á los piés de

Inocencio III, en cuya frente se condensó, después de dos siglos, el atrevido pensamiento de Hildebrando. Muchos pensadores ilustres escitaban y sostenían en estos proyectos á los papas. Hugo de San Victor decía que el papa, aún en lo temporal, tenía sobre los reyes la autoridad que el padre sobre sus hijos menores. Tomás de Cantorbery escitaba al rey de Inglaterra á deponer su corona á los piés de Roma. Juan de Salisbury predicaba la sumisión al pontífice y la muerte violenta de todos los tiranos por el hierro y el fuego. El papa pretendía que sólo su autoridad había transmitido el imperio desde los griegos de Constantinopla á los germanos de Viena; que si bien el derecho electoral estaba en los príncipes alemanes, el derecho de confirmar esa elección estaba en sus manos; que como guardador del juramento de los príncipes, debía compelerles á su obediencia y castigarlos por sus faltas. Los canonistas, frente á frente de los juristas, buscaban textos, ó los inventaban, para dar color de legitimidad sagrada á estas pretensiones de los papas. Pero en el fondo de la Edad media, al mismo tiempo que las comunidades llevaban la democracia política á las monarquías, las órdenes

mendicantes llevaban la democracia religiosa á la iglesia. Y así como los reyes ponían su pié sobre la democracia política cuando no la necesitaban contra los señores feudales, los papas ponían su pié sobre la democracia religiosa cuando no la necesitaban contra los Césares. Y al par que la democracia política luchaba con los reyes por sus antiguos fueros, la democracia religiosa luchaba con los papas por sus antiguas leyes. Marsilio de Pádua formulaba la soberanía del pueblo frente á frente del feudalismo moribundo; y Miguel de Ciesna formulaba la condenación del poder temporal de los papas frente á frente del pontificado preso en Avignon. La iglesia, por fin, cedió al doble movimiento de la democracia, que fué absorbido por la monarquía. Desde Isabel I hasta Carlos III, en España la monarquía ha predominado sobre la iglesia, como en Francia desde Luis XI hasta Luis XV, como en Alemania desde Carlos V hasta José II.

La verdad es que las pretensiones de los papas amenazaban gravemente á la gran conquista del cristianismo, á la conquista de la separación del poder temporal y el poder espiritual y de su mútua independencia, tan celosamente defendida ante los

sucesores de Constantino por el gran Osio. Y de esta lucha que de pasada hemos mencionado, ¿qué bien reportaba Italia? Ninguno, absolutamente ninguno. Una batalla perpétua, sus campos abrasados por la tea de la guerra, sus ciudades amenazadas por las tropas pontificias ó por las tropas imperiales, sus generaciones diezgadas, su propia independencia desconocida siempre, sus campos talados, sus más ilustres hijos errantes en extraño suelo, su vida disipada en esa tempestad continua que agitaba sus negras alas desde los Alpes hasta el Mediterráneo. El poder de los papas, que había ungido la frente de Italia con el óleo de la elección divina, que había logrado extinguir la sed de sangre del bárbaro Alarico, que se había interpuesto en el camino de Atila, obligándole con la señal de la cruz á buscar el rumbo de sus madrigueras y de sus selvas, que había llevado á Odoacro hasta el pié de los altares para que no apagara el fuego sacro de la civilización, que había enaltecido con su doctrina á los pueblos, que había enseñado la caridad á los reyes cuando bajaban su frente ante su poder, que había bendecido á las órdenes militares para que contrastaran la omnipotencia del feudalismo, que había calentado

con su aliento á los municipios y á las libertades europeas en su cuna, que habia abierto el camino de Oriente con las cruzadas, que habia cerrado el camino de los bárbaros llevando su luz hasta las heladas regiones donde no entraron nunca las águilas romanas; desde el punto en que comenzó á sentir esta sed de poder temporal, entregó la Italia á todas las oscilaciones de la guerra y de la incertidumbre; porque sin norte fijo en su política, ora cedia al predominio feudal, ora al predominio municipal, ora se aliaba con los reyes contra los pueblos, ora con los pueblos contra los reyes, y sin direccion ninguna fraccionaba más la Italia, y hacia imposible el instante feliz y anhelado de su sacrosanta libertad. Mas el papa crece en poder á medida que crece su fuerza espiritual y crece en fuerza espiritual á medida que aparta sus dominios de los intereses del mundo. El poder del papa no debe ser contra Italia, como ha pretendido la cancillería de Viena. El poder del papa no debe ser exclusivo de Italia, como han pretendido Rossi, Cesar Balbo y Gioberti. El poder del papa debe ser un poder superior; mas para ser un poder superior, debe ser un poder meramente espiritual. Solo así son fáciles, prime-

ro los progresos del catolicismo, y despues la unidad de Italia.

IV.

Si el pontificado ha influido en la suerte de Italia, como hemos dicho, no ha influido ménos el imperio. En la mente de grandes pensadores italianos vagaba una idea, que iba creciendo á medida que crecian y se aumentaban los siglos: la idea del imperio. Creian que el imperio del pueblo romano sobre la tierra, fundado por tan grandes maravillas, no habia tenido ni una hora tan solo de suspension en medio de las catástrofes que conmovieron todo el mundo. Y este imperio, que ató á su carro desde los germanos hasta los iberos, desde los griegos hasta los celtas; que fundió en un solo pueblo Europa, Asia y África; que llevó colonias nuevas á las colonias griegas; que amedrentó al imperio sirio, á la Tracia, á la Capadocia, á los parthos; que hizo suyo

el indomable pueblo hebreo, y llevó á su panteon los dioses del Egipto; que ahuyentó las tribus nómadas en los Alpes y en el Atlas; que fué sonriente á celebrar sus nupcias con Alejandria y con Cirene; que ahuyentó á los getas y á los árabes, y llegó con el sello de su idea hasta el fondo de la Abisinia; que aun vencido y roto amedrentó con su sombra á los bárbaros y conquistó á sus mismos conquistadores; este imperio debia extender su dominio hasta el último lindero del espacio, y conservar su perpetuidad hasta el último instante del tiempo. El imperio se habia perpetuado, segun esta teoría, en los emperadores de Alemania. Así se lo manifestaba el municipio romano al emperador Barbarroja, cuando entraba pasmado por las puertas eternas de la inmortal ciudad; así lo sentia Dante, cuando en su libro *De Monarquía* trazaba un ideal de un imperio eterno, infinito, incontrastable, asentado en Roma, con todos los reyes á sus plantas y en el polvo; así lo proclamaba el fraile Ockam cuando asentaba sus anatemas contra los pontífices, y tegia una corona con sus argumentos para los Césares; así lo difundia la escuela de Bolonia cuando, frente del derecho divino del pontificado, le-

vantaba el derecho divino del imperio; así lo entendian por el mundo todos los que en la Edad media temblaban por la civilización ante el poder avasallador de la teocracia. Pero como todas las luchas llegan siempre al extremo, así como los güelfos suprimian el poder de los emperadores, los gibelinos suprimian el poder de los papas. La idea gibelina, que tuvo su más alta expresion filosófica en Ockam, y su más alta expresion poética en el Dante, tuvo su más alta expresion política en Federico II. Este emperador llegó á pretender dos cosas: primero asentar sobre su firme base la unidad de Italia; segundo extinguir el poder de los papas. Los pontífices llegaron á excomulgarle, y á excomulgar con él la institucion del imperio. En esta lucha predominó el papa, y la idea de Federico II fué vencida. Si esta idea se hubiera limitado al poder temporal, hubiera prevalecido; llevando sus amenazas más allá de esta esfera, se estrelló contra el espíritu religioso de la Edad media. Esta preocupacion del imperio ha sido despues el martirio de los italianos. La misma institucion que quisieron elevar sobre todas las instituciones, los ha herido, los ha esclavizado, ha sacrificado sus más grandes héroes, ha ex-

tinguido sus preclaras ideas. Austria se cree aún la tutora de Italia; Austria cree en el destino que Dante pintaba ante los ojos de los emperadores de Alemania. Austria cree que aún es la reina de las tres grandes razas, de la raza latina, de la raza eslava y de la raza germánica. Se engaña. El cetro de la raza latina se lo ha arrebatado Francia; el cetro de la raza germánica se lo ha arrebatado Prusia; el cetro de la raza eslava se lo ha arrebatado Rusia. El día en que una nueva tempestad se desencadene, Hungría volverá á ser de los húngaros, Polonia de los poloneses, Venecia de los venecianos, y habrán desaparecido arrastradas por la tempestad hasta las raíces del antiguo árbol del sacro imperio, ya herido y destrozado por la electricidad de las revoluciones. ¡Qué error tan grande era creer que seria posible una larga paz entre la raza feudal germánica y la raza democrática italiana, y un gran patriotismo romano en Césares nacidos en los bosques de Arminio. Este error es la clave de todas las desgracias de Italia. Pero Dios se va cansando, y liberta poco á poco á Italia del imperio alemán.

V.

¡Oh Italia! El nombre de esta nacion generosa no puede resonar en nuestros oidos sin que se agolpen á la mente los recuerdos de todas sus desventuras y de todas sus glorias. En ningun pueblo la virtud del patriotismo ha sido ni más grande, ni más desgraciada. Desde que cayó en la servidumbre, ha mandado alguno de sus hijos de generacion en generacion al ara del sacrificio á morir por la pátria. Su historia es un eterno holocausto, su cántico un eterno sollozo, su inspiracion una eterna lágrima. En el fondo de su calabozo, como los esclavos antiguos, ha dado cánticos á todas las alegrías humanas, estátuas y cuadros á los palacios y jardines de sus mismos carceleros, poetas para que fueran con sus arpas á los alcázares de los monarcas ó á las Asambleas de los pueblos á interceder por su libertad. ¡Cuántos héroes han peleado por la pátria! En el siglo XII, Arnaldo de Brescia; en el siglo XIII, Bra-

calonne; en el siglo xiv, Rienzi; en el renacimiento, Savonarola; en nuestro tiempo, Mazzini, Manin, Garibaldi, Montanelli, Carlos Alberto, Víctor Manuel. ¿Qué ciudad de Italia nombrareis que no recuerde un nombre célebre, una idea grande? Todavía el jóven que pasa por el camino de Mantua ó de Verona, cree ver entre las sombras la imágen de Julietta; todavía el que respira las áuras de Bolonia, cree oír los lamentos de Rossini; todavía el que se sienta el pié del Vesubio, recoge en el aroma de sus flores la esencia del alma de Virgilio; todavía el que pasa por aquellas aldeas, descubre en las facciones de sus hermosas hijas los rasgos de la musa que inspiró á Rafael sus Madonnas; todavía el que entra en Florencia, se conmueve al pensar que en sus academias se despertó el ideal griego, perdido hacia diez siglos para el mundo; que bajo los plátanos de sus jardines renació el espíritu de Platon; que desde sus torres leía Galileo los secretos de Dios en las estrellas; que por sus aires vaga aún el suspiro amoroso de Francesca de Rimini; que á las orillas de sus rios escribía el Dante sus invocaciones al cielo para que le enviara un suspiro de Beatrice; que en su tierra sagrada duerme el sueño de la muerte Miguel

Angel; que esa ciudad es como un nido de ruiseñores colgado por Dios en el árbol de la historia. Y ¿será posible que Italia se pierda de nuevo? Será posible que vuelvan á su trono los que en su trono fueron tan solo esbirros del Austria? Será posible que Europa entera cometa un crimen todavía mayor que el crimen de 1815? El congreso europeo se va á reunir. Si la base del congreso europeo no es el respeto á la soberanía de los pueblos, todo lo que se pacte será inútil. No se levanta un edificio contra las leyes de gravedad; no se levanta un tratado contra las leyes del derecho. Italia podrá caer hoy, pero mañana será libre. La volvereis á encerrar, la volvereis á cargar de hierro, pero ya vereis como se levanta. Hoy pronuncia la palabra independenciam, y la ahogais. Pues bien, mañana pronunciará la palabra unidad. Si la volveis á ahogar, vereis como al dia siguiente pronuncia tres palabras: independenciam, unidad, democraciam, y entónces será libre.

Noviembre 4 de 1859.